

CESEDEN

LAS ENSEÑANZAS OPERATIVAS DE LA GUERRA ARABE-ISRAELI

Por el General BEAUFRE

(De "Strategie", 3^{er} trimestre 1967)

Febrero, 1968

BOLETIN DE INFORMACION N^o 23 - IV

La guerra árabe-israelí, a pesar de sus particularidades de terreno y clima, y de la desigualdad de los adversarios, proporciona numerosas enseñanzas generales de una capital importancia. Aquí nos limitaremos a analizar someramente las enseñanzas de orden operativo evidenciales por esta guerra relámpago.

I. La conquista de la superioridad aérea

Después de la última guerra mundial se admitía que la superioridad aérea y a ser posible el dominio absoluto aéreo, tenían una importancia tan decisiva que la totalidad o casi totalidad de las fuerzas aéreas, deberían consagrarse, al iniciarse una guerra, a la batalla aérea con el propósito de conquistar esa superioridad o ese dominio total. Esto es lo que han hecho los israelíes, en el estilo más clásico; pero los resultados logrados por ellos en tres horas son tales que aconsejan revisar las ideas sobre la batalla aérea previa.

En efecto, durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial la batalla aérea parecía una operación de desgaste que exigía una notoria superioridad de medios y un esfuerzo prolongado. Bajo este punto de vista, los ingleses reclamaban en 1956 tres días de batalla aérea previa para destruir los 200 aviones modernos que poseían los egipcios en aquella época, operación que -a petición mía- se realizó en 48 horas, sin que -a decir verdad- la aviación egipcia llegase realmente a combatir.

En efecto, la idea de una batalla aérea de corta duración no parecía posible con el número limitado de aviones de que se dispone en tiempo de paz, a no ser mediante el empleo del arma atómica. Si este era rechazado, se creía que la batalla aérea podía ser larga y de resultado indeciso.

Pero en la guerra árabe-israelí se ha demostrado que, siempre que la acción pueda realizarse por sorpresa, una fuerza de 200 aviones es capaz de destruir 400, incluso en un solo ataque. Hay que reconocer que, en este caso, la aviación egipcia, cogida completamente por sorpresa por la aproximación a baja altura y por retaguardia, estaba anclada sobre los aeródromos, sin más protección que la proporcionada por la D.C.A., que intervino demasiado tarde. Pero también hace falta resaltar que el ataque israelí, muy bien planeado, pudo abordar los objetivos con una gran precisión, lo que favoreció la economía de medios. En general, la segunda oleada no sirvió sino para completar las destrucciones y especialmente para inutilizar las pistas.

Lo que prueba, sobre todo, este "caso concreto" es el valor decisivo del ataque por sorpresa y el hecho de que, en este caso, una aviación inferior en número puede

se asegurar, de un solo golpe, el dominio del aire. Correlativamente, se encuentra la demostración de la importancia vital de las tácticas contra sorpresa elaboradas en el cuadro de la estrategia nuclear pero que también encuentran aplicación directa en el de la guerra aérea clásica.

Por tanto, es esencial que las fuerzas aéreas dispongan de aeródromos con abrigos subterráneos para los aviones; que se tomen disposiciones de alerta rápida para el despegue de los aviones no protegidos antes de que pueda alcanzarles el ataque enemigo; y, naturalmente, que los dispositivos de alerta permitan detectar a tiempo las incursiones a baja altura de cualquier dirección que procedan. También será necesario que el despliegue aéreo no sea inmutable (si no está bien protegido) y que sus frecuentes cambios coloquen al adversario ante la duda de los resultados a obtener por un ataque sorpresa. Finalmente, el despliegue aéreo no debe ser muy avanzado, al menos en su totalidad, a fin de hacer difícil, si no imposible, el ataque por sorpresa de la totalidad de los campos. Todas estas disposiciones se conocen desde hace mucho tiempo como protección contra un "Pearl Harbor atómico", pero su valor había parecido decrecer con la existencia de fuerzas invulnerables de represalia nuclear. Parece ser que se impone su cumplimiento por las aviaciones clásicas si se quiere reservar la decisión de desencadenar, o no, las represalias nucleares. Como estas disposiciones son muy costosas y molestas de mantener durante mucho tiempo por el personal, no pueden ser permanentes en "tiempo de paz", sino ser objeto de una "alerta número 1" en cuanto aparezcan nubes políticas sobre el horizonte.

La realidad confirmada es la gran vulnerabilidad de la aviación en sus aeródromos, incluso ante un ataque clásico. Ello provoca una gran incitación al ataque por sorpresa, por lo que es necesario reducir sus riesgos mediante medidas de alerta bien concebidas y por un dispositivo de las fuerzas y medios de protección convenientes, comprendida una D.C.A. eficaz.

II. La maniobra terrestre móvil

Cierto es que en el Oriente Medio, el terreno, por lo general muy descubier to de vegetación, y el cielo despejado en verano, proporcionan una gran ventaja a la superioridad aérea. Y se ha demostrado que ésta constituye la condición previa para el desarrollo de las operaciones terrestres móviles de cierta amplitud, al permitir el empleo de fuerzas aerotransportadas y la concentración de fuegos aéreos en apoyo de la batalla terrestre. Factores que en las batallas árabe-israelíes, han probado ser esenciales.

Pero esta condición, aun siendo necesaria, no es suficiente. La consecuencia que se deduce de las tres campañas israelíes de 1967 subraya la absoluta necesidad de la rapidez. Es la velocidad de sus penetraciones y de sus envolvimientos lo que ha prestado a cada una de estas campañas su carácter breve y militarmente decisivo. Ninguna de las campañas precedentes se había desarrollado en tan corto tiempo.

Para obtener esta rapidez, los israelíes han sabido combinar todos los procedimientos conocidos, llevándolos a su perfección. En primer lugar, la motorización total de las tropas, asociando estrechamente el carro y el vehículo automóvil, blindado o no, y también, las excelentes transmisiones orgánicas, así como el empleo muy flexible de formaciones y maniobras rápidas. Es de resaltar que en esta guerra clásica, el carro juega un papel esencial, pero que la infantería de apoyo debe, ante todo, ser móvil y que el vehículo de transporte no necesita ser blindado. Lo esencial reside en la movilidad - en todo terreno y en la rapidez de las reacciones. En todas las operaciones israelíes, la unidad de empleo táctico ha sido la "brigada" orgánica, equivalente al "combat team" y al "combat command" de la última gran guerra, jugando la "división" un papel, sobre todo, de coordinación y de orientación del conjunto de la maniobra táctica. Por sus acciones muy bien estudiadas por anticipado, pero muy flexibles, y por su organización - exactamente adaptada a las misiones, parece que el problema logístico estaba basado en la idea de acciones muy cortas y descentralizadas, favorecidas por reservas de combustibles y municiones situadas sobre las rutas correspondientes a una batalla de algunos días, después de consumidos los cuales, el abastecimiento vendría a la retaguardia. En lugar de agobiarse con las unidades logísticas correspondientes a una acción prolongada, los israelíes prefirieron dotar a cada brigada de una gran autonomía temporal. Gracias a estas medidas, marchando sin descanso noche y día, han realizado avances de 100 y hasta 150 kilómetros al día, cifras que teóricamente se consideraban alcanzables pero, hasta entonces, rara vez se habían conseguido. Naturalmente que se trataba, de una corta batalla de 2 a 3 días y que si ésta no hubiera sido completamente decisiva habría exigido - cierto intervalo antes de emprender una nueva fase.

La rapidez, se obtuvo en dos casos por el empleo de paracaidistas: al iniciar se el ataque de Abu Agheila, con el objeto de neutralizar la artillería enemiga (y debido a la ausencia de apoyo aéreo en tal ocasión) y en la explotación del éxito, para ocupar el paso de Mitla con antelación a su cruce por las unidades acorazadas, como en 1956. En consecuencia, se puede decir que las fuerzas aerotransportadas no han desempeñado un papel de primer plano. Esto se debe esencialmente a la limitación de los medios israelíes, pues en su maniobra cabía haberlas empleado en mayor escala.

Esta necesidad de rapidez se encuentra en la forma de los ataques israelíes, - que sólo adoptaron la ruptura frontal cuando no era posible otra solución. Por el contrario, aprovechando la discontinuidad del dispositivo adverso, las operaciones se realizaron por desbordamiento y cerco, aceptando para conseguirlo, el atravesar los terrenos - más difíciles y no dudar jamás en avanzar de noche con el personal montado en vehículos, blindados o no, aunque procediendo siempre a un concienzudo dominio previo y utilizando los pasos así asegurados. Gracias a esta táctica, la resistencia adversa se desmoronó, por lo general, muy rápidamente.

Otro factor esencial de estos rápidos éxitos fue la potencia de fuego desplegada en la neutralización de las posiciones del adversario. Fuegos de artillería (sobre todo en las operaciones contra Jordania y Siria); fuegos aéreos que, gracias a la proximidad

de sus propias bases, se realizaron con un ritmo de excepcional intensidad (se ha calculado que ciertas divisiones habrían podido recibir el apoyo de un centenar de misiones - diarias); y fuego de carros en apoyo inmediato. Desbordadas, cercadas, neutralizadas, cogidas a retaguardia por los carros, limpiadas rápidamente por una infantería activa, - las resistencias eran conquistadas sucesivamente.

Gracias a estas posibilidades -capacidad de ruptura y rapidez de explotación- la maniobra de conjunto pudo conseguir, en cada una de las campañas, el envolvimiento de las fuerzas del adversario y rematar su destrucción en combates con frentes invertidos. En el Sinaí, estos combates rápidamente decisivos se realizaron por los carros, - gracias al apoyo aéreo, pero el éxito se logró también gracias al tiro preciso de dichos carros, provistos de un sistema de teleguía de los proyectiles probablemente por rayos - infrarrojos. En aquellas vastas extensiones descubiertas, los israelíes supieron aprovechar la nota superioridad técnica de sus carros sobre los del adversario. De los 800 ó 900 ca rros destruidos a los árabes en esta batalla, más de 400 lo fueron por los cañones de sus rivales mientras que los israelíes sólo perdieron 50, algunos de ellos por la acción de las minas.

Por lo que se refiere al apoyo aéreo, éste ha permitido destruir cerca de 400 carros y un gran número de vehículos por fuego de ametralladoras, de cohetes o de na - palma, al precio de 40 aviones israelíes derribados, la mayor parte por el fuego de las - ametralladoras pasadas de la D.C.A.. Estas armas conservan por tanto un valor defensi vo importante.

III. La defensa estática

El dispositivo egipcio, cuidadosamente emplazado, según planos soviéticos, en sucesivas trincheras enterradas, unidas por ramales y protegidas por campos de minas fue enteramente rebasado y dominado en menos de 24 horas. Lo mismo sucedió con las fortificaciones sirias basadas en la construcción de humkers. Estos dos ejemplos demue tran la fragilidad de las defensas estratégicas cuando no son suficientemente densas, pro fundas y -sobre todo- continuas. Solo la continuidad permite obligar al adversario a - efectuar un ataque frontal; sólo una profundidad considerable (de 30 a 40 km) permite paralizar el ataque antes de que se produzca una ruptura completa. Incluso contando - con la continuidad y profundidad del dispositivo defensivo, es indispensable realizar con trataques con fuerzas acorazadas y en este caso la inferioridad aérea impedía efectu ar los.

Otra debilidad de la defensa estática, sobre todo en terrenos descubiertos co mo los de Oriente Medio, es la de señalar el dispositivo sobre el terreno, per miti endo al atacante conocer los puntos débiles de aquél y maniobrar en consecuencia. Así, las defensas anticarro no llegaron a tener gran efectividad, bien por falta de visibil idad no c t urna bien por haber sido neutralizadas con el apoyo de fuegos.

En teoría, cabe pensar que la única solución defensiva moderna es la defensa móvil, no ofreciendo hacia vanguardia sino una cortina de detención retardatriz ligera, y maniobrando en profundidad para destruir los ataques mediante una combinación de espigones defensivos y contraataques blindados. Debe tenerse en cuenta que una solución de este género, que requiere unidades fuertes y entrenadas, no puede aplicarse en terreno descubierto y con buen tiempo, si el adversario posee el dominio del aire. Surge una vez más la influencia decisiva de la situación aérea sobre la batalla terrestre. La influencia de esta situación puede variar en países donde existen abundantes terrenos cubiertos y en los que la meteorología es desfavorable al apoyo aéreo, pero, en tesis general, los resultados de la batalla aérea pesan grandemente sobre la marcha de la batalla terrestre.

Si la defensa móvil no es posible, hay que recurrir a un dispositivo defensivo denso, continuo y profundo, erizado de medios anticarro para privar al ataque de su rapidez de penetración. Tales soluciones, puramente teóricas, exigen efectivos muy numerosos que ningún ejército occidental posee. Este dilema entre la superioridad aérea y los ejércitos numerosos ofrece un amplio tema de reflexión.

Conclusiones

Las operaciones en Oriente Medio de 1967 confirman las enseñanzas de 1956 e incluso las de Wavell y Rommel en Libia. La guerra del desierto es una guerra móvil - en su estado puro y el bando que pueda asegurarse ventaja en la movilidad la tendrá en todo. De aquí la importancia decisiva del factor aéreo y de la posibilidad de realizar operaciones rápidas. Desde este último punto de vista, las victorias israelíes han demostrado que los tiempos, hasta ahora usuales, pueden reducirse considerablemente. El "blitzkrieg" de 1940 duró algo más de un mes, como las diversas operaciones de Libia.

Gracias al desencadenamiento de acciones muy violentas y continuas, de día y de noche, y a una logística apropiada, la duración de la batalla se ha podido reducir a 48 horas. A esta escala de tiempos es a la que tenemos que adaptarnos.

La conclusión que se impone es la de que la batalla clásica terrestre, en cuanto depende de la superioridad aérea se ha hecho esencialmente inestable, contrariamente a la evolución lograda al final del siglo XIX. La razón de esta inestabilidad reside en la exigencia de rapidez y en la limitación cada vez mayor del volumen de fuerza, dado su coste elevado en relación con los espacios a cubrir. En la batalla moderna, más decisiva que la superioridad de fuerzas es la superioridad de medios tácticos. Esta verdad, demostrada ya en 1940, ha adquirido desde entonces una importancia primordial. Cuando, en la proporción de fuerzas, esta superioridad es muy destacada la fuerza clásica permite victorias espectaculares.

Ante estas nuevas causas de inestabilidad, la disuasión nuclear de las armas atómicas, ya sean tácticas o de represalia estratégica, continua siendo, mientras no surja otra circunstancia, el único verdadero elemento estabilizador.

- - - - -